

Fiódor Dostoyevski

# Humillados y ofendidos

Prólogo de Víctor Andresco Peralta

Traducción de Víctor Andresco Kuraitis, revisada  
por Víctor Andresco Peralta



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Unízhennie i oskorbliónnie*

Primera edición: 2011

Decimoprimera reimpresión: junio 2025

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Man with head in hands*. Michael Banks

© Archivo Getty/Images. Colección: Riser

Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiasen, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo: Víctor Andresco Peralta, 2011

© de la traducción: Herederos de Víctor Andresco Kuraitis, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-4187-4

Depósito legal: B. 1.460-2011

Printed in Spain

# Índice

|     |                                      |
|-----|--------------------------------------|
| 9   | Prólogo, por Víctor Andresco Peralta |
|     | Humillados y ofendidos               |
|     | Primera parte                        |
| 21  | Capítulo primero                     |
| 37  | Capítulo 2                           |
| 41  | Capítulo 3                           |
| 46  | Capítulo 4                           |
| 55  | Capítulo 5                           |
| 61  | Capítulo 6                           |
| 72  | Capítulo 7                           |
| 76  | Capítulo 8                           |
| 87  | Capítulo 9                           |
| 98  | Capítulo 10                          |
| 105 | Capítulo 11                          |
| 112 | Capítulo 12                          |
| 125 | Capítulo 13                          |
| 134 | Capítulo 14                          |
| 139 | Capítulo 15                          |
|     | Segunda parte                        |
| 157 | Capítulo primero                     |
| 176 | Capítulo 2                           |
| 193 | Capítulo 3                           |
| 201 | Capítulo 4                           |

|     |                  |
|-----|------------------|
| 209 | Capítulo 5       |
| 221 | Capítulo 6       |
| 230 | Capítulo 7       |
| 239 | Capítulo 8       |
| 250 | Capítulo 9       |
| 259 | Capítulo 10      |
| 270 | Capítulo 11      |
|     | Tercera parte    |
| 285 | Capítulo primero |
| 295 | Capítulo 2       |
| 312 | Capítulo 3       |
| 321 | Capítulo 4       |
| 329 | Capítulo 5       |
| 342 | Capítulo 6       |
| 360 | Capítulo 7       |
| 364 | Capítulo 8       |
| 370 | Capítulo 9       |
| 390 | Capítulo 10      |
|     | Cuarta parte     |
| 421 | Capítulo primero |
| 425 | Capítulo 2       |
| 435 | Capítulo 3       |
| 443 | Capítulo 4       |
| 457 | Capítulo 5       |
| 474 | Capítulo 6       |
| 494 | Capítulo 7       |
| 507 | Capítulo 8       |
| 519 | Capítulo 9       |
| 523 | Epílogo          |

Prólogo

## La conquista de la humildad

Para una personalidad a todas luces excesiva como la de Fiódor Mijaílovich Dostoyevski (1821-1881) la conquista de la humildad supuso un largo y complejo camino en el que son de sobra conocidos episodios tan dramáticos como su condena a muerte en 1848 o su exilio bajo el reinado de Nicolás I. No hay manual o solapa que no mencione sus dramas psicológicos empezando con la muerte violenta del padre, los problemas con el juego y el alcohol, la epilepsia, los enfrentamientos políticos y las terribles maniobras y privaciones económicas de que fue víctima. Pero a veces conmueve comprobar el modo en que Dostoyevski, que perfectamente habría podido instalarse en diferentes momentos de prosperidad en el *sistema cultural* ruso –donde triunfó como editor y pudo manejar determinadas cuotas de poder periodístico– decide apostar desde su propia condición de creador –y no como simple víctima de un sistema político arbitrario o

de una sociedad anclada en los atavismos— y por su *yo lírico* más humilde. Aparecen entonces, entre su ingente prosa, destellos de una voluntad de pureza que legitiman su obra y la blindan contra los efectos de una vehemencia expresiva que le ayudó a pasar a la historia de la literatura pero cuya prolijidad se convirtió en paradigma y ha sido pesadilla de muchos lectores y ha hecho las delicias de los más agudos críticos, destacando Vladímir Nabókov entre los más notorios. En este sentido, *Humillados y ofendidos* es quizá, y no solamente, la más importante de sus apuestas narrativas porque inicia la toma de partido definitiva de Fiódor Dostoyevski por una novela abarcadora, contundente en la forma y radical en la interpretación de la realidad. Y que es capaz de mantener espacios de supervivencia por esa voz íntima, legítima heredera de una voluntad ética que frecuentemente se asocia a escritores de probada *sensibilidad espiritual*. «El relato de lo confuso no es lo mismo que un relato confuso», dijo Walter Benjamin en *Zentralpark*.

*Humillados y ofendidos* es una novela clave para comprender el conjunto de la obra de Fiódor Dostoyevski y la Rusia del siglo XIX. Primera de sus grandes apuestas por una prosa totalizadora y desprejuiciada, en ella encontramos todos los géneros y argumentos que convergen en el mecanismo novelesco clásico y que hoy nos ayudan a interpretar aquella realidad y de paso nos explican el éxito de los grandes artefactos narrativos de nuestros días. Crónica de amores imposibles al tiempo que drama social, el juego de tensiones entre Iván y Natasha con el resto de los personajes (desde el príncipe Valkovski hasta la siniestra proxeneta Bubnova) es, al fin y al cabo, un duelo del escri-

tor frente a la realidad. Pero es también, con sus mimbres de folletín y tragedia sentimental, una gran novela de entretenimiento, con sus idas y venidas argumentales, y una eficaz explicación sobre la *fatalidad* de los rusos y su visión del mundo. Dostoyevski teje un cesto en el que caben todos los papeles imaginables –Nelly, víctima canónica del abuso y la crueldad; Ijméniev como referente paterno universal; Maslobóiev, encarnación del alcoholismo endémico; una Katia que sintetiza la pureza y equilibra en juego con los príncipes Valkovski que representan a la aristocracia; el impagable Jeremiah Smith que por encima de su cliché de derrotado contribuye a colocar el mito del *alma rusa* y su presunta *identidad nacional* en un lugar preciso del mapa de los mitos culturales– y lo hace sin privarlos de llamativas complejidades de carácter, lo que los vuelve extraordinariamente convincentes en ocasiones.

Escrita y publicada en la revista *Vremia* (Tiempo) en 1861, en el ecuador de su carrera literaria, *Humillados y ofendidos* es la primera de las grandes novelas de su autor y paradójicamente ha quedado relegada para muchos lectores a la categoría de rareza, sin duda por la azarosa pero imbatible combinación de virtudes –objetivas y publicitarias– de otras proezas novelísticas como *Crimen y castigo* (1866) o *Los hermanos Karamázov* (1880)\*. Añadir algo inteligente a los ríos de excelente tinta (desde Zweig hasta Vázquez Montalbán, pasando por Bajtín, la lista es interminable) vertida sobre este titán de la novela y el pensamiento contemporáneo es muy difícil; quizá valga la pena,

\* Las obras de Dostoyevski y de Tolstói mencionadas en este prólogo han sido también publicadas en «El libro de bolsillo» de Alianza Editorial.

sin embargo, llamar la atención sobre un aspecto tradicionalmente fagocitado por su densa reflexión sobre la injusticia o el dolor; me refiero a la legitimación del escritor como individuo de derecho en un mundo dominado por tensiones económicas y apuntalado sobre rígidos criterios morales. *Si voy a morir pronto, parece que no tiene sentido escribir un diario*, dice Iván al principio de la novela; las alusiones al trabajo creativo son continuas pero siempre desde puntos de vista tangenciales y no sería descabellado pensar que esas observaciones cristalizan, cuatrocientas páginas después, con la resolución dramática del argumento (incluidos los impagables comentarios del epílogo sobre la crítica). La peculiar relación de Dostoyevski con los medios de comunicación –desde el hecho mismo de que buena parte de su obra fuera publicada por entregas– es útil a la hora de valorar la influencia de la creación literaria en la sociedad y la relevancia y consideración del autor en el entorno. Entretenimiento y misión se convierten en polos de un mismo ejercicio que termina cobrando sentido en ese cierre suspensivo que se apoya en una exclamación para conjurar el infortunio.

Del mismo modo que el «Todas las familias felices...» con el que arranca *Anna Karénina* de Tolstói es un emblema de una literatura con vocación transformadora, la capacidad de Dostoyevski para concentrar en pocas palabras los océanos de prosa con los que armaba sus novelas merecería llegar hasta el lector con idéntica nitidez y restituirle una de sus grandes virtudes, la de haber rescatado, en su búsqueda de la humildad, lo mejor del espectador crítico de su tiempo en combate con la mediocridad, la maldad y la estupidez humanas. El final de

esta novela, «Hubiéramos podido ser siempre tan felices», es una coda que, datada precisamente de 1861, el año en que Rusia abolió la esclavitud, entronca con un gran corpus lírico que en la propia tradición rusa tendrá destellos universales como las poéticas de Anna Ajmátova, Joseph Brodski o Andréi Tarkovski y, fuera del ámbito eslavo, en proyectos literarios tan importantes como la obra novelística de Manuel Longares o la poética de Chantal Maillard, por citar a dos de los más intensos, elucidarios y próximos a nuestro espacio geolinguístico.

Esta edición recupera la versión original que hizo Víctor Andresco Kuraitis (1919-1983) en 1977 y que una popular colección de libros de bolsillo se atrevió a publicar sin su nombre después de un suceso en apariencia banal pero de gran elocuencia en lo que se refiere a la consideración social y profesional del traductor. Treinta años después, cuando el trabajo de los traductores se va reconociendo y respetando, salvo excepciones, en la mayoría de los ámbitos de la sociedad, el episodio puede resultar ingenuo, pero recuerdo que en mi casa se vivió como una verdadera afrenta, no por lo que contuviera de delito contra la propiedad intelectual, sino por el desprecio que implicaba por la labor de creación del traductor. Cuando mi padre recibió las galeradas comprobó horrorizado que alguien había *corregido* repeticiones de verbos o expresiones que resultaban *poco modernas* y frases *demasiado largas*; queriendo, lejos de una convencional *corrección de estilo*, mejorar al farr-

goso Dostoyevski despreciando al traductor. En tiempos de mecanografía elemental restaurar su original del feroz rotulador de esa censura era trabajo arduo, por lo que explicó a los responsables de la editorial que necesitaría tiempo para rehacerlo, puesto que de ningún modo permitiría que circulase con su nombre esa versión «mejorada». A las pocas semanas encontró en los escaparates de la Gran Vía el libro publicado y al comprarlo vio que no figuraba nombre de traductor. Se han vendido muchos miles de ejemplares y se han hecho, impunemente, numerosas reediciones de aquella versión, pero hoy, gracias a la tenacidad de Javier Setó, me alegro restituir a esta novela el nombre de su traductor. *Humillados y ofendidos* es un libro capital para la historia de la literatura y para nuestra pequeña historia familiar y creo que de algún modo también para la ejemplar resistencia de los traductores literarios españoles que con su trabajo y su lucha tanto han contribuido a dignificar el panorama de la cultura en nuestro país. Es conocida la entrega de mi padre a la tarea de traducir a los clásicos, desde Tolstói a Chéjov; me gustaría, sin embargo, rendir con esta recuperación un pequeño homenaje a mi madre, Yolanda Peralta Garcés, su compañera y cómplice sin fisuras en toda una vida dedicada a las letras. Como periodista y narrador pero, sobre todo, como traductor de varias decenas de títulos inexcusables del XIX ruso, Víctor Andresco Kuraitis encontró siempre en ella un decidido apoyo y la posibilidad, heroica dada la oscuridad de los tiempos, de reivindicar la traducción literaria como profesión y avanzar hacia su normalización. Debo, por último, dar las gracias a mi

## Prólogo

colega el escritor, editor literario y eslavista Paul Viejo, cuya erudición y paciencia me han permitido comprender mejor los abismos de la traducción literaria y el inagotable universo narrativo de Dostoyevski.

Víctor Andresco Peralta  
Milán, octubre de 2010



Humillados y ofendidos



# Primera parte



# Capítulo primero

La tarde del 22 de marzo del año pasado me ocurrió un extraño suceso. Durante todo ese día anduve por la ciudad buscándome un alojamiento. El que tenía era muy húmedo y por aquel entonces ya empezaba a toser de modo alarmante. Desde el otoño quería mudarme, si bien lo fui dejando hasta la primavera. En todo el día no pude encontrar nada satisfactorio. En primer lugar, quería un alojamiento especial y, por supuesto, que no fuera de huéspedes; en segundo lugar, necesitaba ineludiblemente una habitación grande y, al mismo tiempo, lo más barata posible. Me di cuenta de que en una habitación pequeña resultaba difícil incluso pensar. A propósito, siempre me resultaba más agradable planear mis novelas y fantasear de qué modo iba a escribirlas que el hecho mismo de escribirlas. Y la verdad es que no era por indolencia. ¿Por qué entonces?

Ya por la mañana experimenté cierto malestar, y a la puesta de sol me sentí incluso muy mal: empezaba a no-

tarme una sensación de fiebre. Además, durante todo el día había permanecido en pie y estaba cansado. Por la tarde, justo cuando empezaba a oscurecer, pasaba por la Perspectiva Vosnisiénski. Me gusta el sol de marzo en Petersburgo, sobre todo en su ocaso y, especialmente, en un atardecer claro y frío. De pronto brilla toda la calle, como inundada por una luz radiante, y todas las casas parecen lanzar destellos. Sus colores grises, amarillos y verde-sucios pierden entonces por un segundo su aspecto sombrío; como si de pronto se iluminara el alma, como si uno se estremeciera o alguien le empujara por el codo. Una mirada nueva, un nuevo pensamiento... ¡Es extraordinario lo que puede hacer un rayo de sol en el alma del hombre!

Pero el rayo de sol se extinguió, el frío arreció y comenzó a pellizcarme la nariz, la oscuridad se hizo más densa y el gas comenzó a brillar en almacenes y tiendas. Al llegar a la confitería de Müller, me detuve de pronto como clavado en el suelo y me puse a mirar al otro lado de la calle, presintiendo que en ese momento iba a sucederme algo extraordinario. En ese mismo instante vi al otro lado un viejo con su perro. Recuerdo muy bien que mi corazón se contrajo con una sensación desagradable, sin que supiese discernir qué clase de sensación era.

No soy un místico y casi no creo en presentimientos ni en conjeturas. Sin embargo, me han ocurrido –como posiblemente les haya ocurrido también a todos– unos cuantos acontecimientos en la vida bastante fuera de lo común. Por ejemplo, este mismo viejo. ¿Por qué ante aquel encuentro sentí inmediatamente que aquella tarde iba a ocurrirme algo fuera de lo corriente? Además, esta-

ba enfermo, y las sensaciones de los enfermos suelen ser casi siempre engañosas.

El viejo, con su paso lento y débil, moviendo las piernas como si fueran palos privados de articulaciones, encorvado y golpeando ligeramente las baldosas de la acera con el bastón, se acercaba a la confitería. Jamás había visto una figura tan extraña y absurda. Con anterioridad a este encuentro, cuando coincidía con él en casa de Müller, siempre me producía una dolorosa impresión. Su gran estatura, su espalda encorvada, su cadavérico rostro de ochenta años, su viejo abrigo roto por las costuras, su sombrero redondo todo abollado, que tendría veinte años y cubría su cabeza calva, de la que pendía en la misma nuca un mechón de pelo no ya canoso, sino blanco-amarillo; sus movimientos, realizados de manera automática, como si le hubieran dado cuerda, todo esto no podía, en fin, menos que asombrar a quien se lo encontrase por primera vez. Resultaba en cierto modo extraño, de verdad, ver a un viejo al final ya de su vida, solitario, sin vigilancia, tanto más cuanto que parecía un loco que hubiera escapado de sus vigilantes. También me asombraba su extraordinaria delgadez; casi no tenía cuerpo y parecía que a sus huesos sólo se pegaba la piel. Sus grandes pero apagados ojos, hundidos en círculos azules, miraban siempre de frente, nunca de soslayo, y sin ver jamás nada, de eso estoy seguro. Aunque mirase a alguien, se le venía derecho encima como si delante tuviera un espacio vacío. Me fijé en eso varias veces. En casa de Müller empezó a aparecer hacía poco tiempo, no se sabía de dónde y siempre acompañado por su perro. De los clientes de la confitería nunca nadie se atrevió a hablar con él, y él tampoco hablaba con nadie.

«¿Y para qué se arrastra a casa de Müller y qué tiene que hacer allí?», pensaba yo, mientras permanecía al otro lado de la calle y le observaba, movido por un impulso irresistible. Cierta irritación se apoderaba de mí, como consecuencia de la enfermedad y el cansancio. «¿En qué piensa? –continuaba preguntándome–. ¿Qué pasa por su cabeza? Pero ¿acaso piensa todavía en algo? Su rostro está muerto hasta tal punto que ya no expresa nada en realidad. ¿Y de dónde ha sacado ese repugnante perro, que no se separa de él, como si formasen un todo indivisible, y que tanto se le parece?»

Ese desgraciado perro parece tener también ochenta años; sí, seguro que es así. En primer lugar, era tan viejo de aspecto como ningún perro lo suele ser; y en segundo lugar, porque desde el primer momento que le vi se me ocurrió que éste no podía ser como todos, que era un perro extraordinario, que forzosamente debía ser algo fantástico, estar hechizado; tal vez algún Mefistófeles en forma canina, cuyo destino, por ciertos caminos secretos y desconocidos, estaba ligado al destino de su amo. Al mirarlo, inmediatamente se estaría de acuerdo en que seguramente habían pasado ya veinte años desde que comió por última vez. Estaba flaco como un esqueleto o –mejor dicho aún– como su señor. Se le había caído casi todo el pelo, incluso en el rabo, que pendía como un palo, siempre apretado con fuerza entre las patas. Su cabeza con largas orejas se inclinaba taciturna hacia abajo. En mi vida había encontrado un perro tan antipático. Cuando ambos iban por la calle –el amo y el perro tras sus huellas–, su hocico tocaba directamente los bajos del abrigo, como si estuviese pegado a ellos. La manera de andar de

ambos y su aspecto casi parecían decir a cada paso: «¡Somos viejos, viejos, Señor, qué viejos somos!».

Recuerdo que también se me ocurrió pensar que el viejo y el perro se habían escapado en algún modo de una página de Hoffmann, ilustrada por Gavarni, y andaban por el mundo como anuncios ambulantes del libro. Cruzé la calle y entré detrás del viejo.

En la confitería, el viejo se comportaba de un modo extraño; Müller, en pie detrás de su mostrador, empezó a hacer muecas de desagrado al entrar el inoportuno visitante. En primer lugar, el extraño visitante no pedía nunca nada. Cada vez se encaminaba al rincón, hacia la estufa, y allí se sentaba en una silla. Si el sitio junto a la estufa no estaba vacante, entonces, después de permanecer durante algún tiempo estúpidamente asombrado enfrente del señor que lo ocupaba, se iba como perplejo al otro rincón junto a la ventana. Allí elegía una silla, se sentaba despacio, se quitaba el sombrero, lo colocaba a su lado en el suelo, dejaba el bastón junto al sombrero y, seguidamente, apoyándose en el respaldo de la silla, se quedaba inmóvil por espacio de tres o cuatro horas. Nunca cogió en sus manos un periódico, nunca pronunció una palabra, nunca emitió ni un sonido; únicamente permanecía sentado, miraba frente a sí con los ojos muy abiertos y una mirada tan embotada y sin vida, que pudiera apostarse cualquier cosa a que no veía ni oía nada de cuanto tenía alrededor. El perro, después de dar dos o tres vueltas en el mismo sitio, se tumbaba sombrío a sus pies, colocando el hocico entre sus zapatos, suspiraba profundamente y después de estirarse a todo lo largo en el suelo también se quedaba